

RES PVBLICA LITTERARVM

Documentos de trabajo del grupo de investigación 'Nomos'



Lucio Anneo
SÉNECA

Instituto de Estudios Clásicos
sobre la Sociedad y la Política

2008-02

Consejo de redacción

Director:

Francisco Lisi Bereterbide (Universidad Carlos III de Madrid)

Secretario:

Jorge Cano Cuenca (Universidad Carlos III de Madrid)

Comité de redacción:

Lucio Bertelli (Università di Torino)

Miguel Ángel Ramiro (Universidad Carlos III de Madrid)

David Hernández de la Fuente (Universidad Carlos III de Madrid)

Fátima Vieira (Universidade do Porto)

Ana María Rodríguez González (Universidad Carlos III de Madrid)

Franco Ferrari (Universidad de Salerno)

Jean François Pradeau (Paris X- Nanterre)

Edita:

Instituto de Estudios Clásicos "Lucio Anneo Séneca"

Universidad Carlos III de Madrid

Edificio 17 "Ortega y Gasset"

C/ Madrid, 133 - 28903 - Getafe (Madrid) - España

Teléfono: (+34) 91 624 58 68 / 91 624 85 59

Fax: (+34) 91 624 92 12

Correo-e: seneca@hum.uc3m.es

D.L. M-24672-2005

ISSN 1699-7840

Autor: Instituto Lucio Anneo Séneca

Editor: Francisco Lisi Bereterbide

ELIO ARISTIDES Y LA TRADICIÓN HUMANÍSTICA: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA Y EL RENACIMIENTO

David Hernández de la Fuente
(Universidad Carlos III)

1. UN COMIENZO: COINCIDENCIAS ENTRE ANTIGÜEDAD TARDÍA Y RENACIMIENTO

Cada vuelta de tuerca sobre el mundo grecorromano, sobre el concepto de lo clásico nos renueva y nos enriquece. Y el Renacimiento en Italia marca uno de esos momentos de inflexión, en el que se redescubre el mundo clásico, la flota –por jugar con la etimología latina de *classicus*– de autores antiguos, desde Homero a Platón, que marcan nuestra tradición cultural.

Para comprender el mundo contemporáneo y sus manifestaciones culturales, lingüísticas y discursivas es necesario volver la vista atrás a menudo hacia al antigüedad clásica. Muy frecuentemente, como señaló W. Jaeger, cualquier transformación cultural de nuestra sociedad a lo largo de la historia moderna y contemporánea ha implicado una reinterpretación del mundo clásico, cuando no ha sido directamente causada por ella.

Pero hay muchos renacimientos, muchas miradas atrás en el tiempo para encontrar referentes sobre los que obrar los cambios, a veces revolucionarios, en la literatura, la estética, la historia de las ideas. Nosotros vemos a los clásicos griegos por el prisma de lo que los italianos del siglo XV pensaron de ellos, pero también a través del clasicismo alemán de Winckelmann, F. Schlegel y compañía. Y, más allá, hay otros renacimientos anteriores. Los varios renacimientos bizantino de los siglos IX y XII, los últimos poetas paganos de los siglos IV y V, y, el caso que vamos a tratar hoy, los siglos II y III y la llamada segunda sofística, que no es sino una vuelta al concepto de lo clásico, de la Atenas inmortal, con un barniz de actualidad, que sirve para obrar una importante transformación: la integración del mundo griego en el imperio romano, que comienza en la época de los Antoninos. Se trata de un filtro de transmisión que muchas veces pasó inadvertidos para la gran crítica al considerar la proyección cultural del legado clásico y que también tiene a su vez influencia en otras etapas del mismo, entre otras en el Humanismo Italiano.

La relación de los prerrenacimientos retóricos de la Antigüedad –en la época tardía e imperial– y el renacimiento italiano de esta generación, tras los impulsos iniciales de las grandes figuras de Petrarca o Bocaccio, se estrecha cuando uno profundiza en las lecturas de los humanistas¹. Se diría que la mezcla entre creación literaria y filología – que encuentra inspiración en la antigüedad clásica– cede el paso a la pasión por la retórica y la recreación acaso más barroquista de los modelos establecidos que caracterizan la antigüedad tardía. Así lo notaba ya Jacob Burckhardt, en cuanto al gusto anticuario por la cita y la evocación erudita del pasado en el Humanismo italiano a partir de 1400 o Georg Voigt que acusaba a esta tendencia imitativa de “no producir nada independiente –hoy diríamos original– que no fuera superado en el siglo siguiente”. Hay un cierto prejuicio decimonónico en estas críticas sobre la falta de fuerza creadora de estas épocas de repliegue erudito y vista atrás que pueden verse con expresiones equivalentes en los estudiosos del siglo XIX y principios del XX que se ocuparon de los escritores griegos y latinos tardíos, como Aulo Gelio, Polibio, Dión Casio, y muchos otros. Se repiten adjetivos como decadente, baldío, imitador, etc., que a nuestro entender no hacen justicia al espíritu de la época. Así, tomaremos uno de estos ejemplos a veces vituperados, el de Elio Aristides, a modo de estudio de caso, con breves consideraciones sobre su repercusión, notablemente en uno de los hombres claves del renacimiento florentino, Leonardo Bruni y su círculo de estudiosos del helenismo.

Desde lo que Gibbon llamó la “edad dorada de los Antoninos”, la identidad griega se integra en el imperio romano de una manera nueva, con figuras como Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* son buen ejemplo de cómo la cultura griega se universaliza a través de Roma y, a la vez, se compara con ella. Surge en el siglo II un nuevo clasicismo, fuertemente impregnado de aticismo, que prolonga las tendencias del helenismo dinamizadas y aceleradas por el intenso sincretismo cultural y literario del Imperio. Se trata de una etapa que en general, ha sido tachada de decadente en los estudios clásicos de literatura griega, pero hallamos una enorme belleza en este momento de cambio en el que, realmente, se redefine el concepto y legado literario clásico. Es la llamada segunda sofística –según expresión de Filóstrato– el movimiento literario más importante, en el que la retórica obtiene un lugar preeminente en la educación. Como ha estudiado Reardon, destacan dos notas definitorias en la literatura de la época: la imitación y

¹ Un buen acercamiento de conjunto lo propone C.S. Celenza en “Late antiquity and the Florentine Renaissance: Historiographical Parallels”, *Journal of the History of Ideas*, 62.1 (2001) 17-35.

conservación de modelos del pasado y la innovación en géneros nuevos. Es decir, un Renacimiento en toda regla.

La literatura griega se tiñe de retórica y crítica literaria en la edad imperial. Desde los tratados de preceptiva literaria de Demetrio y Longino, que marcan un momento culminante en la crítica hasta llegar a Anaxímenes de Lámpsaco o Menandro el rétor, en pleno s. III, que establece las reglas de géneros variados, hay oradores oficiales en las ciudades, escuelas de retórica y se retoma la competencia a veces no muy sana con la filosofía que remonta a la época de Isócrates. Brilla con luz propia la crítica literaria, con Dionisio de Halicarnaso, en obras como *Sobre la imitación* o *Sobre la composición literaria*, muy recientemente traducida al español (BCG). Combina su retórica aticista con la acribía del filólogo, enjuiciando preferentemente a los rétores: escribe *Sobre los oradores áticos*, pasando revista a Isócrates y Lisias, entre otros y *Sobre el estilo admirable de Demóstenes*.

Todo lo impregna la retórica, basada en los modelos clásicos del orador de asamblea. Pero los nuevos sofistas son más estetas que políticos, virtuosos de la retórica que pueden improvisar sobre temas diversos o fascinar a la audiencia con gestos, periodos ampulosos, gestos medidos y una dicción asombrosa. Esto les hará acreedores de cotas de popularidad impensables, comparables a las modernas estrellas de rock y que permite hablar de los *Konzertredner* u oradores de concierto: Nicetas de Esmirna, Herodes Áticus, Polemón de Laodicea o Favorino son algunos de ellos, que viajen por todo el mundo antiguo viviendo de sus actuaciones. También Luciano de Samósata se adscribe a este grupo de sofistas, si bien su obra es mucho más rica en matices y perdurable.

Tal vez se pueda ejemplificar la figura de este sofista o del intelectual de la segunda sofística, con un nombre propio: Elio Arístides. Sobre Aristides, del siglo II, tenemos gran cantidad de datos que perfilan el retrato de una personalidad definida y apasionante, un sofista estrella, de enorme ego literario, devoto de la divinidad que le inspira, que narra en una especie de diario personal sus opiniones, experiencias, viajes, discursos, amigos, sueños proféticos, etc. Se trata de una figura que ha despertado gran interés crítico y muestra cómo era la vida cultural helénica bajo el imperio romano.

Lejos queda la Grecia de aquel otro Aristides, el estratega cuya vida glosó Plutarco, una Grecia fragmentada en multitud de *poleis*, donde la retórica era instrumento político cotidiano en las deliberaciones de la Asamblea. Los grandes oradores del siglo V y IV a.C., Antifonte, Demóstenes o Isócrates, son estudiados como modelo, pero la retórica evoluciona a un plano literario, educativo y casi identitario. En el mundo griego de

época romana una de las piezas claves para la comprensión de la cultura que se desarrolla, especialmente en el plano literario, es la educación. El sistema educativo de la época era privado y promovía la *enkyklios paideia*, la educación integral, con fuerte base retórica, comenzando en la etapa primaria con el *grammatistes* o el *paidagogos*, y culminando las más de las veces con el *grammatikos* entre 14 y 18 años, cuya una posición de gran movilidad geográfica y social. A partir de los 18 años, el estudiante había de acudir a una ciudad con “sede universitaria” para ponerse en manos de un *sophistes* o un *rhetor* en Roma, Alejandría, Constantinopla, Atenas, Burdeos, Beirut y otros lugares. Se promovía el viaje educativo, iniciático, cuyas paradas obligadas solían ser Atenas y Roma. En este ambiente se formó una generación muy fecunda en rétores, poetas y literatos, educados en el amor por un helenismo integrado en el Imperio Romano, entre mediados del siglo II y hasta tan tarde como finales del V. El apogeo de todo ello está representado, a todas luces, por el gran rétor de la nueva era, Elio Aristides.

2. ELIO ARISTIDES. MODELO TARDÍO DE RETÓRICA

Haciendo un resumen de su vida, Elio Aristides nace en el seno de una familia acomodada en la remota provincia de Misia oriental al comienzo del reinado de Hadriano (c.117) en una ciudad relacionada con el emperador (Hadriani, Hadrianuteras o Hadrianea). Su padre, Eudemón, era filósofo y muy pronto le encomendó a los cuidados de dos educadores que le marcarían desde muy pronto y a los que cita a menudo en su obra, Epágato y Zósimo. A los 15 años comenzó su educación propiamente retórica con el *grammatikos* Alejandro de Cotieo y, posteriormente, con en Pérgamo, con Aristocles, en Esmirna, con Polemón y en Atenas con Herodes Ático, con quien rivalizaría más adelante. Realizó en 141 un viaje largo, de al menos un par de años, a Egipto, que reflejó en obras como el *Discurso Egipcio*, y otras en las que ora honra a Serapis ora diserta sobre las crecidas del Nilo en medio de un despliegue de erudición retórica. Posteriormente estuvo en Roma, en torno al año 143, para intentar medrar en la capital. Allí se maravilló de la capital y escribió en su honor su famoso discurso *A Roma*, algo incomprendido en la época pero que marcaría la posteridad. Aristides estuvo aquejado de una dolencia crónica toda su vida, sobre cuya naturaleza disertó el propio Galeno: unos creen que era epilepsia, la enfermedad sagrada, otros, consunción o condensación de humores adversos. Modernamente hay numerosas teorías al respecto (algunas desagradablemente psicoanalíticas). Había mucho de hipocondría

en todo caso. En sus *Discursos sagrados* Aristides cuenta cómo entró bajo la protección de Asclepio, que no solo lo sanó en su santuario de Pérgamo, del que era asiduo visitante, sino que le dio inspiración retórica para el resto de su vida. Los *Discursos sagrados* son mezcla de diario espiritual, autobiografía, informe médico, aretalogía, acción de gracias a Asclepio y ostentación de vanidad. Los sueños que transmite en sus discursos sagrados revelan que está predestinado a la literatura por la divinidad, que tutela sus movimientos e incluso su salud. Aristides desvela un aspecto sagrado del arte retórico que influirá sobremanera en la posteridad, una divinización de la literatura, y un ego enorme. Su paso por Atenas dejó el famoso discurso *Panatenaico*, en la tradición isocrática, que renueva sin embargo el género y deviene modelo a seguir. Su larga extensión dio problemas a los comentaristas ya desde época bizantina: no fue escrito seguramente así para ser declamado y parece una redacción para ser leída y transmitida. En su Misia natal y en Esmirna declinó todo tipo de cargos públicos y honores (sacerdote de Asclepio, recaudador de impuestos, prítano...) y lo consiguió gracias a amigos influyentes y poderosos (entre los que había gobernadores e incluso el emperador). Su única relación con la política es el discurso *a los rodios sobre la concordia*, que vino a solucionar alguna disputa civil (¿deudas por el terremoto de 142?). En el *Panegírico a Cícico*, que versa sobre rivalidades de ciudades griegas, hay otro buen ejemplo de su arte oratoria relacionada con la historia contemporánea. Al fin se estableció, ya afamado en todo el imperio, en la ciudad de Esmirna. A la muerte de Polemón se convirtió en el sofista oficial de la ciudad, que la socorrió en el terremoto que la destruyó en 177-8, haciendo valer su influencia con Marco Aurelio. Murió poco después, en el año 180, dejando una gran obra a la posteridad, de la que los ejemplos citados pueden servir de ejemplo.

3. ÉXITO POSTERIOR DE ARISTIDES EN LA TRADICIÓN RETÓRICA

Grande fue la fama y repercusión posterior de Aristides, ya desde bien temprano, como afirma su biógrafo J.M. Cortés². Quizá fuera porque sus discursos se adecuaban a las preceptivas de la retórica clásica y del aticismo de la segunda sofística. O precisamente porque fueron modelo de ellas, como se ve en la obra de Menandro Rétor (s. III), y en los posteriores sofistas, como Himerio o Libanio, que llegan a extender su influencia a los siglos IV y V y a traspasarla a la esfera de la retórica de los padres de la iglesia. Es

² J.M. Cortés Copete, *Elio Aristides. Un sofista griego en el imperio romano*, Madrid, Ediciones Clásicas 1995.

sabido que el Libanio, amigo de Juliano el Apóstata, cuya numerosa correspondencia se está traduciendo ahora al español³, tuvo como discípulo a San Juan Crisóstomo.

El mundo antiguo cambia después de Aristides a marchas forzadas. Ya intuidos desde el siglo III, sobrevienen grandes cambios en los territorios del Imperio, con una crisis social y económica que va a operar una transformación paulatina e inexorable en el mundo antiguo: también, por supuesto, en la manera en que nos ha sido transmitida la idea de mundo clásico. Se acentúa la literatura referencial, la erudición, la retórica. Es también la época a partir de la cual se desarrolla el auge de los cultos orientales a la par con el cristianismo: la religión tradicional sufre una serie de modificaciones que responden a la búsqueda de una nueva espiritualidad tendente a lo salvífico, que impregna la literatura. El pensamiento filosófico también tiene una deriva mística, y el pragmático estoicismo romano es gradualmente sustituido por el más especulativo neoplatonismo, sin duda la escuela más influyente en las postrimerías de la Antigüedad. La literatura y el arte se impregna de este revolucionario cambio en la historia de las ideas, que P. Brown ha llamado “el nuevo idioma pagano” o “la nueva sensibilidad estética” de la época. Ha tenido especial fortuna la expresión Antigüedad Tardía – estudiosos como P. Brown, Averil Cameron o Bryan Ward-Perkins– para designar esta época de cambio, entre el año 300 y el 600, que determina la manera en la que será transmitido el legado clásico⁴.

La antigüedad tardía filtra pues una serie de autores más nuevos, junto a Homero, Hesíodo o Platón, que considera imitables y dignos de pasar a la posteridad. Entre ellos está Aristides, cuya enorme obra conservamos casi entera (ocupa 5 tomos de discursos en la Biblioteca Clásica Gredos). Hay que detenerse pues y considerar los gustos de los varios renacimientos que han fijado el canon clásico, pues por ejemplo hemos perdido casi toda la poesía helenística y una parte enorme de la lírica arcaica, pero en cambio conservamos obras retóricas de autores como éste. Las primeras noticias sobre Aristides se encuentran en la tradición biográfica de época imperial y en los escolios y prolegómena de sus discursos en la tradición manuscrita. Encontramos en las *Vidas de Sofistas* de Filóstrato una primera biografía del exitoso y enfermizo rétor griego.

³ Por ejemplo, Libanio, *Cartas I*, Introducción, traducción y notas de Ángel González Gálvez. Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 336, Madrid 2005.

⁴ Véanse, en concreto, sus obras P. Brown, *The World of Late Antiquity*, Londres 1971 [trad. esp. *El mundo en la Antigüedad tardía*, Madrid, Taurus 1989], A. Cameron, *The Mediterranean World in Late Antiquity, AD 395-600*. London and New York: Routledge, 1993 [trad. esp. *El mundo mediterráneo en la antigüedad tardía (395-600)*, Barcelona, 1998] y B. Ward-Perkins, *The Fall of Rome and the End of Civilization*. Oxford, Oxford University Press, 2005 [trad. esp. *La caída de Roma y el fin de la civilización*. Espasa, Madrid 2007].

Filóstrato, como es sabido, complementa en pleno siglo III, cien años después de Aristides, la labor erudita de su casi contemporáneo Diógenes Laercio en cuanto a la recopilación de sabrosas anécdotas de filósofos y oradores –por cierto que hay que saludar la traducción castellana de Diógenes, recién aparecida en Alianza, la primera desde 1792–; Filóstrato opta por dedicar algunos pasajes centrales a este sofista, como por ejemplo su encuentro con el emperador Marco Aurelio (VS II 9), entre otras anécdotas y *boutades* de interés relativo. Aristides tardó tres días en presentarse ante el Marco Aurelio, de visita en Esmirna. Como dicen F. Gascó y Ramírez de Verger, “incluso ante el emperador tenía que hacerse notar”⁵.

Los prolegómena, por otro lado, son aglomerados de distintas épocas, entre el siglo IV y el IX. Su núcleo viene a ser la vida de Aristides que escribió el sofista Sópatro de Apamea, un oscuro neoplatónico discípulo de Jámblico, en el siglo IV. Para estas primeras muestras de popularidad, véanse las ediciones y estudios de Aristides de Lenz⁶. La enciclopedia bizantina Suda, en pleno siglo X, tiene una entrada sobre el filósofo que recoge dos de sus variantes biográficas. Con algo de maldad, el enciclopedista bizantino dice de él, aludiendo a su conocida grafomanía: “en cuanto a sus discursos, uno no les acaba de encontrar el final. Pero por otra parte han sido exitosos a causa de aspectos diferentes.”

El mayor éxito del orador fueron sin duda los discursos *A Roma* y *Panatenaico*, que en su momento fueron revolucionarios: prueba de que fue pronto estudiado como modelo elegido para perdurar es que la tradición de su texto se ve reforzada por tres papiros tempranos, entre el canon de autores clásicos y otros “modernos” que se convirtieron en clásicos. En el Egipto de pleno siglo IV, dos de estos papiros de uso escolar o privado, hallados junto a Homero o los populares Eurípides y Menandro, transmiten fragmentos el texto del *Panatenaico*: uno de Antinópolis (P.ant. III 144 del siglo IV) publicado en 1975 o otro de localidad incierta publicado en 1968. La tradición manuscrita del texto de Aristides deriva entera de un arquetipo, como demuestra la identidad de lagunas y corrupciones (cf. Behr ed., pp. LVII). Tuvo fortuna en época bizantina, siendo copiado sin interrupción: estuvo en la biblioteca del patriarca Focio, en un códice que se conserva en Venecia hoy (Marcianus.gr.340). Fue admirado por Máximo Planudes (1260-1330), uno de los primeros vínculos bizantinos con Italia.

⁵ En su muy recomendable introducción a los discursos de Aristides. Elio Aristides, *Discursos I*. Introducción, traducción y notas de Fernando Gascó y Antonio Ramírez de Verger, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos 106, 1987

⁶ *The Aristeides prolegomena*, Leiden 1959 y *Aristeidesstudien* Berlín 1964.

Planudes, monje, diplomático, poeta y filólogo responsable de la Antología griega, vivió en la época de Miguel VIII Paleólogo y Andronico II. Planudes apreció a Arístides y ayudó a copiar sus códices, entre otros importantes de autores tardíos, que acabaron en Italia. Su discípulo Teódulo el monje, más conocido como Thomas Magister, de época del emperador Andronico II Paleólogo (1282-1328), autor de una obra léxica sobre el aticismo, imitó a Arístides intentando torpemente hacer pasar por suya alguna obra propia.

De los manuscritos que transmiten la obra de Aristides, los más importantes fueron a parar a Italia de los siglos XIII a XV, como acreditan las ediciones modernas de Behr o Lenz: en ellas se atestigua la importancia de Aristides en las bibliotecas del humanismo. Entre ellos hay 3 códices del siglo X, el Laurentianus p.cod. 8, un Vaticanus Urbinas gr., o el ya citado Marcianus gr.340; otros 3 del siglo XI (Laurentianus pl. LX, cod. 8, Vaticanus gr.1298 y el Marcianus gr.appendix VIII, cod. 7); 5 del siglo XII (Laurentianus pl. LX, cod. 7, Vaticanus gr. 74 y 1297, Marcianus gr. 423 y 451) y 4 del XIII-XV (el ms. III C 11 de la biblioteca Angelica de Roma, el Vaticanus Urbinas gr. 123, el Laurentianus pl. LX, cod. 9 y el Laur.olim Abbatiae 9).

Los mayores difusores de la obra de Aristides, y los que contribuyeron a su fama y a la abundancia de manuscritos en las bibliotecas de los humanistas, fueron los bizantinos que llegaron a Italia para enseñar griego. Entre ellos destaca el conocido Manuel Crisoloras, profesor de una generación entera de humanistas en Italia, que conoció y apreció a Arístides como modelo retórico. Uno de sus alumnos Antonio Corbinelli (Antonio di Tommasso Piero Corbinelli), que fue amigo y compañero de estudios de Guarino Veronese⁷, poseyó un importante códice del *Panatenaico* (Laur.olim Abatía 9), del que posteriormente saldría la *editio princeps*. El códice, como el resto de la colección de mss. griegos de Corbinelli, 65, pasaron a engrosar la biblioteca del monasterio de Santa María dei Benedittini, conocida como Badia Fiorentina, y de ahí a la Biblioteca Medicea Laurenziana. La primera edición de Aristides recogió, como era natural, las obras más célebres del sofista griego, *A Roma* y *Panatenaico*, basadas en el códice de Corbinelli, que seguramente estuvo a disposición de otros alumnos de Crisoloras. En 1513, Aldo Manuzio publicaba en Venecia ambos discursos como apéndice a las obras de Isócrates. Algo más tarde, en 1566, vio la luz la edición príncipe de los discursos de Aristides en Florencia, a cargo de Bonino en la imprenta de Filippo

⁷ Pero no publicó nada. Sin embargo, poseyó hasta 65 manuscritos griegos. Baron habla de él en su *Crisis of the early italian Humanism* (1966).

Giunta. La traducción latina es más tardía, del año 1604. Doscientos años antes, Leonardo Bruni se hacía eco del *Panatenaico* en su obra retórica en elogio de Florencia.

4. FINAL: LEONARDO BRUNI Y ELIO ARISTIDES, UN CASO SEÑALADO

Leonardo Bruni, que sucedería a Salutati como canciller de Florencia (1427–1444), representó la perfecta combinación entre hombre de letras y de gobierno. En su primera etapa literaria, bajo la dirección del maestro bizantino Manuel Crisoloras, a comienzos del siglo XV, no dudó en echar mano de la literatura griega de época imperial, notoriamente de Plutarco de Queronea, Basilio de Cesarea y Elio Aristides, para comenzar su programa filológico y a la vez político de honor a la república florentina. En efecto, y superando la tradición heredada del medioevo de elogios a ciudades, usó por primera vez un modelo griego para su panegírico de Florencia. pero no miró al mundo clásico, sino a la retórica de época imperial, modelando su *Laudatio florentinae urbis*⁸ sobre el *Panatenaico* de Aristides.

La *Laudatio*, compuesta entre 1402 y 1404 por el entonces joven Leonardo Bruni. Nacido en Arezzo hacia 1370, discípulo del canciller Coluccio Salutati en los años 1390, comienza su carrera humanística con este elogio, después del cual llegará a secretarie pontificia (Roma 1405). Luego compondrá una célebre *Historia de los Florentinos* y llegará a canciller en 1427 hasta su muerte en 1444⁹. La obra se trata de un elogio total de la ciudad de Florencia, su belleza y cualidades naturales pero sobre todo de su amor por la libertad, que hace heredero de la Roma republicana. El propio Bruni reconoce su deuda de juventud con el *Panatenaico* de Aristides, que conoció gracias a Crisoloras, en una carta escrita en 1437 al arzobispo de Milán, y que le sirve de guía:

“Non enim temere neque leviter id opus aggressi sumus, neque vagi aut incerti per semitas nobis incognitas, peregrinantium more, nostro ipsi arbitrato processimus, sed duces itineris totiusque laudandi progressus certum indubitatum habuimus Aristidem, celebrem apud Graecos oratorem, eloquentissimum hominem, cuius extat oratio pulcherrima De laudibus Athenarum.”¹⁰

La transmisión de la obra de Aristides enlaza las generaciones de este humanismo fecundo y retórico con las comunidades bizantinas en Italia. A diferencia de sus antecesores, Petrarca o Coluccio, Bruni forma parte de la primera generación de

⁸ Véase para una edición crítica Leonardo Bruni, *Laudatio florentinae urbis*, ed. S. U. Baldassarri, Florencia, SISMEL, Del Galluzzo, 2000.

⁹ Cesare Vasoli, “Bruni Leonardo”, en *Dizionario biografico degli italiani*, t. 14, Roma, Istituto della Enciclopedia italiana, 1972.

¹⁰ Leonardo Bruni, *Epistolarum libri VIII*, VIII, 4, L. Mehus (éd.), Florence, 1741.

humanistas que saben griego y acceden al enorme corpus de la literatura griega en su lengua original (célebre es, entre nosotros, su polémica con Alonso de Cartagena sobre cómo debía traducirse a Aristóteles). A diferencia de los anteriores, que citan siempre autores con el prestigio del clasicismo, Bruni y su generación toman directamente el testigo del helenismo que favoreció la transmisión tardía y bizantina, que apreció la retórica declamatoria. Sobre esta influencia ha escrito muy acertadamente Giuseppe Cambiano, examinando el tipo de rastro de Aristides en Bruni¹¹. Y no es, en absoluto, muestra de hueca u ostentosa erudición: la influencia es profunda y meditada. Destaca, por ejemplo, el *topos* de la generosa ciudad de Atenas como hospicio de exiliados (Pan. 49-74) que enlaza con la tradición florentina (Laud. III); pero la influencia es muy notoria en sus estructuras paralelas. Donde coinciden ambos exordios (Aristides 1-8, Bruni 1-4), la situación de Atenas (A. 8-23) y la de Florencia (B 5-45), el poblamiento de Atenas (A 24-30) y de Florencia (B 45-65), los recursos naturales (A 31-38 y B 35), las guerras atenienses (A 75-321) y las de Florencia (B66-110), todo lo cual resulta en la consabida superioridad de ambas repúblicas (A 336-403 y B 134).

Otros alumnos de Crisoloras utilizaron los discursos de Aristides. Cencio dei Rustici (1380-1445), pionero del estudio del griego en Roma y admirador de Plutarco, tradujo su *Elogio de Baco* en 1416; Niccolo Perotti (1429-1480) versionó a su vez el *Lamento por Esmirna* de Aristides, siendo amigo de Lorenzo Valla y del cardenal Bessarion, traductor de Epicteto, Polibio o Procopio y, por ende, buen ejemplo del tipo de relación con la Antigüedad tardía que tratamos de mostrar en estas páginas. Bruni se separa conscientemente de la tradición latina medieval de obras laudatorias de ciudades (p.e. *De magnalibus Mediolani* de 1288) y tiende puentes directamente con la antigüedad tardía y Bizancio. No es la de Bruni una traducción ni comentario, sino una recreación literaria, con erudición pero con la plena conciencia del momento actual en que vive. Esto hace de la transmisión un mecanismo que funciona y vuelve el texto clásico a la vida con plena vigencia. La huella de esta influencia es larga en la tradición humanística y llega a Lorenzo Valla, Pier Candido Decembrio y más allá. No es, pues, la retórica clásica la que llega con fuerza al Renacimiento, sino más bien la tardía

Un caso de estudio como este pone de manifiesto que más que redescubrimiento de la Antigüedad, como decía Burckhardt, hay una transmisión mediada y condicionada,

¹¹ Giuseppe Cambiano, "L'Atene nascosta di Leonardo Bruni", *Rinascimento*, II, 38 (1998) 3-25. Cf. también Laurence Bernard-Pradelle, "L'influence de la Seconde Sophistique sur la Laudatio Florentinae Urbis de Leonardo Bruni", *Rhetorica*, 18.4 (2000) 355-387.

como vemos en el caso de Aristides. La transmisión al humanismo de la retórica griega, y sobre todo de los modelos heredados de la antigüedad tardía, mediante los profesores bizantinos y sus textos en la Italia de finales del s. XIV ilustra este fenómeno. Y esto es de extrema importancia tanto para la filología clásica y humanística como para la historia de las ideas. O al menos así me lo ha parecido al redactar estas líneas, que podrían servir como reflexión programática para otras indagaciones posteriores.